

Stefan Zweig

Miedo

TRADUCCIÓN DE  
ROBERTO BRAVO DE LA VARGA



Irene Wagner lleva una vida acomodada y sin preocupaciones junto a su marido y sus dos hijos. Sin embargo, tras ocho años de matrimonio, los bailes, el teatro, la ópera y otras actividades sociales se le antojan predecibles y anodinas. Así, más por fantasía novelesca que por auténtico deseo, inicia una relación con un joven pianista. Pero pronto una mujer la descubre cuando sale del apartamento de su amante e Irene se ve obligada a ceder a un terrible chantaje. El terror de ser descubierta por su marido y de perder todo lo que posee y, ahora descubre, tanto necesita y ama, la sumirá en una tormentosa pesadilla.

Escrita en 1913 y publicada por primera vez casi una década más tarde, «Miedo» es una de las “nouvelles” más sobrecogedoras de Stefan Zweig, con un final tan sorprendente para la protagonista como para el lector.

**A**l bajar por la escalera de la casa de vecindad donde vivía su amante, doña Irene volvió a sentir cómo se apoderaba de ella, en un instante, aquel absurdo miedo. De pronto, un negro torbellino comenzó a girar ante sus ojos, un frío terrible paralizó sus rodillas y tuvo que agarrarse a toda prisa al pasamanos para no caer de bruces. No era la primera vez que se había aventurado a ir a verle asumiendo el riesgo que comportaba; el súbito estremecimiento de temor no le era en absoluto desconocido, pero por mucho que se mentalizase, cada vez que regresaba a casa, acababa sucumbiendo a estos absurdos ataques de miedo, un miedo ridículo, infundado. No cabía duda de que acudir a la cita resultaba mucho más fácil. Ordenaba detener el coche en la esquina de la calle, recorría a toda prisa, sin levantar la mirada, los pocos pasos que la separaban del portal y subía las escaleras a toda velocidad, sabiendo que él ya estaba esperándola dentro, detrás de la puerta, que se abriría rápidamente, de modo que ese miedo inicial, en el que, por otra parte, también ardía una llama de impaciencia, se deshacía en el cálido abrazo con el que se saludaban. En cambio luego, cuando tenía que volver a casa, surgía un sentimiento distinto, misterioso y escalofriante, un temor en el que se mezclaban el recelo que provocaba la culpa y la idea obsesiva e irracional de que los desconocidos con los que se cruzaba por la calle sabían de dónde venía con sólo mirarla y, por eso, cada vez que alguien le sonreía se sentía desconcertada, era como si estuvieran burlándose de ella descaradamente. Los últimos minutos que pasaban juntos ya estaban envenenados por la creciente inquietud ante lo que se le venía encima; al marcharse le

temblaban las manos por los nervios y las prisas, escuchaba distraída las palabras de él y rechazaba bruscamente las muestras de pasión que había reservado para estos instantes finales; lo único que quería era salir de allí, huir de aquella casa, la de su amante, dejar aquella aventura y regresar al mundo tranquilo, burgués en el que vivía. Apenas se atrevía a mirarse en el espejo por temor a lo que pudiera ver en él; sin embargo, debía comprobar si su vestido estaba en orden, si no había nada fuera de lo común que pudiera delatar el secreto de su apasionado encuentro. Llegaban entonces unas últimas palabras que trataban en vano de tranquilizarla y que ella apenas oía en su excitación, permanecía un segundo detrás de la puerta escuchando con cautela, tratando de saber si alguien subía o bajaba por la escalera. En cualquier caso, afuera aguardaba ya el miedo, impaciente por apoderarse de ella, oprimiéndole y paralizándole el corazón hasta dejarla sin aliento. Había hecho acopio de todas sus fuerzas, pero no había bajado más que unos pocos escalones, cuando notó que su ánimo empezaba a flaquear.

Se quedó un minuto de pie, con los ojos cerrados y el pecho agitado, tratando de llenar sus pulmones con el aire fresco de la oscura escalera. De pronto, una puerta se cerró en uno de los pisos superiores. Volvió en sí sobresaltada y bajó a toda prisa el resto de los escalones sujetando con fuerza, casi sin darse cuenta, el grueso velo que cubría su rostro. Ahora debía enfrentarse al momento más terrible y arriesgado, la ansiedad que le provocaba salir a la calle desde un portal ajeno y encontrarse acaso con un conocido que pasase por allí y que le preguntaría inmediatamente de dónde venía, una situación más que embarazosa, que la obligaría a inventar una delicada mentira. Bajó la cabeza como hace un saltador al coger carrerilla y se dirigió a toda prisa, completamente decidida, hacia la puerta de la calle, que estaba entreabierta.

Entonces chocó con violencia contra una mujer que parecía entrar en ese mismo momento:

—Perdóneme —dijo confusa.

Trató de seguir su camino a toda prisa, pero aquella persona se colocó en medio de la puerta cerrándole el paso. Clavó sus ojos en ella con ira. Había en su rostro una mueca burlona que no se molestó en disimular.

—¡Por fin la he pillado! —gritó con voz estridente, sin importarle el escándalo que pudiese provocar—. Una mujer respetable... ¡claro que sí! ¡Al menos es lo que dicen todos! Como no tiene suficiente con su marido, su dinero y todo lo que posee, viene a quitarle el novio a una pobre chica como yo...

—¡Por el amor de Dios...! ¿Pero qué dice...? Creo que se confunde usted... —tartamudeó doña Irene.

Como si fuera una niña trató de escapar escurriéndose por un lado de la puerta, pero aquella mujer había plantado su enorme cuerpo justo en medio y respondió reprochándole con voz chillona:

—No, no me confundo... La conozco muy bien... Viene de casa de Eduard, mi novio... ¡Por fin la he pillado! Ahora sé por qué tiene tan poco tiempo para mí últimamente... Es por usted... ¡Por una vulgar...!

—¡Por el amor de Dios —la interrumpió doña Irene con un hilo de voz que amenazaba con quebrarse en cualquier momento—, no grite tanto!

Casi sin darse cuenta retrocedió de nuevo al zaguán. La mujer la observaba con gesto burlón. El miedo estaba haciendo flaquear a Irene, su desesperación era evidente y esto pareció gustar a la mujer, que examinó detenidamente a su víctima con aire de suficiencia y una sonrisa entre orgullosa y sarcástica. Aquello le producía una grosera satisfacción y su voz se apaciguó, ahora tenía incluso un tono agradable.

—O sea que éste es el aspecto que tienen las damas nobles, distinguidas, felizmente casadas, cuando salen a ro-

barle el novio a las demás. Se cubren el rostro con un velo, naturalmente, para que no las reconozcan y poder representar su papel de mujer respetable en cualquier parte...

—¿Qué... qué es lo que quiere de mí...? Yo no la conozco... Debo marcharme...

—Marcharse... Sí, naturalmente... Con su señor esposo... Estará deseando retirarse a sus aposentos, en el calor de su hogar, fingir que es una dama distinguida y pedir a la doncella que le ayude a desvestirse... Lo que nosotros tengamos que bregar o que reventemos de hambre... eso le trae sin cuidado... ¡Faltaría más! ¡Una dama tan respetada puede permitirse robarle lo que quiera a alguien como yo, aunque sea lo único que tiene...!

Irene sacó fuerzas de flaqueza y, obedeciendo a un misterioso impulso, cogió el monedero y sacó los billetes que llevaba encima en ese momento.

—Mire... aquí tiene... Y ahora déjeme... ¡No volveré por aquí jamás...! ¡Se lo juro!

La mujer cogió el dinero con una mirada maliciosa.

—¡Sinvergüenza! —murmuró mientras guardaba los billetes.

Doña Irene se estremeció al oír aquella palabra, cuando vio que la mujer se apartaba de la puerta y le dejaba el paso libre, salió atropelladamente, confusa y sin aliento, como un suicida que se aleja de la torre desde la que ha estado a punto de saltar. Andaba a toda prisa, los rostros de los transeúntes con los que se cruzaba le parecían figuras grotescas, deformes y cuando llegó a la esquina de la calle se le nubló tanto la vista que a duras penas logró detener a un coche. Se precipitó dentro del vehículo y su cuerpo cayó entre los cojines como un objeto inerte; todo su ser se encontraba petrificado, inmóvil, y cuando el conductor asombrado preguntó a la extraña pasajera a dónde iba, Irene se quedó un instante en silencio, con la mirada perdida, hasta que su cerebro aturdido encontró finalmente las palabras.

—A la estación del Sur —dijo de forma atropellada. En ese momento le asaltó la idea de que aquella mujer pudiera estar siguiéndola y añadió—: ¡Rápido, rápido, arranque ya!

Sólo cuando ya estaba en marcha se dio cuenta de lo mucho que le había afectado aquel encuentro. Se tocó las manos que colgaban de su cuerpo petrificadas y frías, como si estuvieran muertas. De repente comenzó a temblar, su cuerpo se estremecía espasmódicamente. Notaba un sabor amargo en la garganta, sentía náuseas y, al mismo tiempo, una ira absurda, sorda, que se revolvía en el interior de su pecho como si fuera un calambre. Le habría gustado gritar o empezar a dar golpes como una loca, liberarse de aquel espantoso recuerdo que se había clavado en su cerebro igual que un anzuelo, de aquel rostro adusto, de su risa burlona, de la vulgaridad de aquella proletaria con su fétido aliento, su boca seca, llena de odio, que le escupía a la cara groseros insultos, mientras levantaba su puño crispado con gesto amenazador. El malestar iba en aumento, ascendía poco a poco hacia la garganta; por otra parte, el coche rodaba a toda velocidad, acelerando, girando violentamente en las curvas. Iba a pedirle al conductor que fuera más despacio, cuando se le ocurrió pensar que tal vez no le quedara suficiente dinero para pagarle, pues todos los billetes que llevaba se los había entregado a aquella chantajista. Al momento indicó al conductor que parara y se apeó inmediatamente dejándole de nuevo asombrado. Por fortuna, aún le quedaba suficiente dinero. Pero entonces se encontró en medio de un barrio desconocido, rodeada de obreros. Cada palabra que decían o cada mirada que le lanzaban le provocaban un malestar casi físico. Por otra parte, sus rodillas flojeaban por el miedo. Casi sin darse cuenta empezó a caminar. Debía llegar a casa y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se puso a recorrer las calles realizando un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera atravesando un cenagal o un campo nevado en el que se hundía hasta

las rodillas. Finalmente llegó a su casa, donde entró como un vendaval, nerviosa y agitada. Sin embargo, moderó su desenfreno inmediatamente para no llamar la atención mientras subía las escaleras.

La doncella le quitó el abrigo. Oyó ruido en el cuarto de al lado. Su hijo pequeño jugaba con su hermanita menor. Dondequiera que posase su mirada, encontraba algo propio, de lo que se sentía dueña y que le ofrecía seguridad. Fue así como recuperó la calma, al menos por fuera, ya que íntimamente seguía sintiendo la ola de agitación que se levantaba y se abatía dolorosamente contra su pecho aún oprimido. Se quitó el velo y recompuso su rostro con la firme voluntad de ofrecer un aspecto relajado. Luego entró en el comedor, donde su marido leía el periódico junto a la mesa puesta ya para la cena.

—Llegas tarde, querida Irene —la saludó con un ligero tono de reproche.

Entonces se levantó y la besó en la mejilla. Un penoso sentimiento de vergüenza envolvió su corazón casi sin darse cuenta. Se sentaron a la mesa. Distráido, sin apartar apenas la vista del periódico, su marido le preguntó:

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Estuve... en... en casa de Amélie... —Y luego añadió —: Tenía que salir a hacer algunos recados... y decidí acompañarla...

Estaba enfadada consigo misma por su falta de previsión y por haber mentido tan mal. Por lo general, siempre traía preparada de antemano una mentira cuidadosamente estudiada que soportase cualquier posible interrogatorio. Hoy, en cambio, el miedo le había hecho olvidarse de este detalle y se había visto obligada a improvisar una excusa bastante torpe. No quería ni pensar en las consecuencias si, como ocurría en una de las obras de teatro que habían visto recientemente, su marido decidía coger el teléfono y preguntar...

—¿Qué te pasa...? Pareces nerviosa... ¿Y por qué no te has quitado el sombrero? —le preguntó su marido.

Ella sintió un escalofrío. Verse sorprendida por segunda vez la desconcertó. Se levantó a toda prisa y fue a su habitación a quitarse el sombrero. Al hacerlo, observó en el espejo la inquietud que revelaban sus ojos. Esperó hasta que su mirada volvió a parecerle segura y firme, y entonces regresó al comedor.

La doncella llegó con la cena y la velada se desarrolló como todas las demás, tal vez algo más sobria y menos animada de lo normal, una velada con una conversación insulsa, que avanzaba a trompicones y de vez en cuando se agotaba. Sus pensamientos volvían atrás una y otra vez. Sentía un estremecimiento cuando revivía aquellos minutos angustiosos cara a cara con la chantajista. Entonces levantaba la mirada y volvía a sentirse segura. Reparaba en cualquiera de las cosas que la rodeaban, en su cercanía embriagadora, todo lo que contenía aquella habitación ocupaba su sitio, estaba asociado con un recuerdo y tenía un significado. Pensar en ello aliviaba su inquietud. El reloj de pared rompía el silencio con su paso firme, sosegado, casi sin darse cuenta transmitía a su corazón su ritmo cadencioso, seguro, despreocupado.

A la mañana siguiente, cuando su marido se fue al despacho y los niños salieron a dar un paseo, ella se encontró por fin a solas consigo misma. La clara luz de la mañana hacía que aquel espantoso encuentro, una vez pasado, resultase mucho menos amenazador. En primer lugar, pensó en su velo. Era muy tupido y no parecía posible que aquella mujer hubiera logrado distinguir a través de él los rasgos del rostro de doña Irene y mucho menos que pudiera reconocerla. Luego, con tranquilidad, fue sopesando las medidas que tomaría a partir de entonces. Jamás volvería a verse con su amante en casa de éste. Era la forma más segura de evitar que se produjera de nuevo un incidente semejante. Siempre cabía la posibilidad de que se encontrase casualmente con aquella mujer, aunque el riesgo de que tal cosa ocurriese era muy bajo. No la había seguido, ya que había salido huyendo de allí en coche. Ignoraba tanto su nombre como su dirección y tampoco había de temer que reconociese su rostro, que había mantenido oculto en todo momento. No obstante, decidió contemplar también este extremo y no dejar nada al azar. Quería estar preparada. Liberada ya de la tortura del miedo, doña Irene decidió en ese momento que, pasara lo que pasara, mantendría la serenidad y se limitaría a negarlo todo, respondería fríamente asegurando que se trataba de un error y, como no había forma de demostrar que aquella visita se hubiera producido, lo más seguro es que la mujer la dejase en paz y abandonase la idea de chantajearla. No en vano, doña Irene era la esposa de uno de los abogados más reputados de la capital, sabía por conversaciones con algunos colegas de su marido que los chantajes había que atajarlos de raíz y mos-

trando la máxima frialdad; cualquier vacilación, cualquier indicio de debilidad por parte de la víctima no hacía más que fortalecer al adversario dándole aún más poder sobre ella.

Lo más urgente era escribir una breve nota a su amante, diciéndole que no podría verle la tarde siguiente a la hora convenida y tampoco en los próximos días. Al releer la carta, en la que por primera vez estampaba su firma, le pareció que había utilizado un tono excesivamente frío. Estaba a punto de sustituir las palabras más secas por otras más amables, cuando, de repente, recordó el encuentro del día anterior. Aunque no fuera consciente de ello, estaba resentida por lo que aquella mujer le había revelado y esto explicaba la frialdad de aquellas líneas. La conciencia de haber ocupado el lugar que había dejado en el corazón de su amante una persona tan grosera y ruin había herido su orgullo. Con este ánimo releyó las palabras que había escrito y no le pareció mal tomarse una pequeña venganza mostrándose fría y dejando claro que decidiría a su antojo si volvía a verle o no.

Había conocido a aquel joven, un pianista que empezaba a gozar de cierta fama en círculos reducidos, durante una velada, donde mantuvieron una conversación casual. Pronto, sin ni siquiera proponérselo y casi sin ser consciente de lo que estaba pasando, se había convertido en su amante. No se puede decir que el deseo de estar con él inflamase su sangre, no había sido algo sensual y, en el fondo, tampoco algo espiritual lo que la había unido al muchacho: se había entregado sin necesitarlo ni desearlo verdaderamente, tal vez por la pereza de resistirse a la voluntad de él o por una especie de curiosidad. Nada en ella, ni el ardor de la sangre, apaciguado por una feliz vida conyugal, ni la necesidad tan común en las mujeres de buscar satisfacción para sus intereses espirituales, la había impulsado a buscarse un amante, era absolutamente feliz al lado de su esposo, un hombre acaudalado, superior a ella en el plano intelectual, con dos hijos, sin ninguna preocupación, satisfecha de

poder disfrutar de una vida acomodada, plenamente burguesa, apacible y sin sobresaltos. Sin embargo, en ocasiones, un ambiente agradable y relajado excita la sensualidad más que el bochorno o la tormenta, una existencia dichosa y equilibrada puede ser un acicate más eficaz que la desdicha y, para muchas mujeres, la falta de deseo resulta tan fática como la insatisfacción o la desesperanza. La saciedad puede ser tan estimulante como el hambre, y esa vida reglada, carente de peligros, despertó en ella la sed de aventuras. Nada en su vida la contrariaba, vivía rodeada de dulzura por todas partes, allá donde fuera encontraba paz, ternura, calidez, cariño y respeto; sin sospechar que la moderación no depende del exterior, sino que, al contrario, es un mero reflejo de la falta de tensión interna, Irene sintió que aquel engañoso bienestar de algún modo la alejaba de la vida real.

Los melancólicos sueños de la adolescente que deseaba un gran amor, una pasión exaltada, habían quedado adormecidos por el sereno afecto de los primeros años de matrimonio y la emoción de una temprana maternidad, que fue como un juego para ella. Ahora, en cambio, a punto de cumplir los treinta, ese mundo comenzaba a despertar de nuevo y, como cualquier mujer, se sintió capaz de vivir una gran pasión, aunque no tuviera la voluntad ni el valor necesarios para pagar el precio de la aventura: el riesgo. Cuando aquel joven se acercó a ella, disfrutaba del momento cumbre de su felicidad, ¿qué más habría podido desear? Volvió a sentir entonces la fuerza del deseo, que él no se molestó en disimular. Rodeado por el romanticismo del arte, penetró en su mundo burgués, donde los demás hombres se contentaban con celebrar su belleza con comentarios inocentes, cortejándola con todo respeto, sin desearla verdaderamente. Por primera vez desde su adolescencia volvió a sentir una viva excitación en lo más hondo de su ser. No habría podido decir qué la atrajo de él. Tal vez fuera esa sombra de tristeza que se extendía sobre su rostro ha-

ciéndolo tan interesante, aunque no sabía a ciencia cierta si se trataba de una pose artificial bien estudiada o de la impronta que habían dejado en él sus melancólicos pensamientos. Para ella, rodeada siempre de burgueses pagados de sí mismos, ese velo de tristeza era el reflejo de un mundo superior, que salía a su encuentro con mil colores en los libros que leía y se agitaba en las románticas obras de teatro a cuyas representaciones acudía, por eso, casi sin darse cuenta, se inclinó sobre el borde de sus sentimientos cotidianos para contemplarlo. Un cumplido para alabar la belleza de su música y de aquellos instantes, seguramente más apasionado que hábil, le había hecho levantar los ojos del piano y aquella primera mirada se posó en ella. Irene se estremeció y, al mismo tiempo, sintió la voluptuosidad que esconde el miedo. Una conversación en la que todo parecía avivado y alumbrado por un fuego oculto excitó su curiosidad, ya despierta, hasta tal punto que se sintió incapaz de rechazar la invitación para encontrarse de nuevo con él en otro concierto. A partir de entonces empezaron a verse con más frecuencia y pronto dejó de ser por casualidad. No creía tener gusto para la música y tampoco confiaba demasiado en su sensibilidad para el arte, seguramente con razón, pero el hecho de que él, un verdadero artista, valorase sus opiniones como si fueran las de una experta y recurriese una y otra vez a ella para pedir consejo, no dejó de halagarla; por eso, cuando pocas semanas más tarde le propuso tocar para ella y sólo para ella su última obra... no dudó un instante en aceptar la invitación. Puede que sus intenciones fueran más o menos rectas, pero lo cierto es que Irene acabó sucumbiendo a sus besos y, finalmente, se sorprendió a sí misma entregándose por entero al joven. Al principio se sintió asustada por este inesperado giro hacia lo sensual. El misterioso temblor que hasta entonces había acompañado su relación se rompió de repente y apareció la conciencia de culpa por un adulterio que en realidad no había planeado. Trató de justificarse y lo logró de algún

modo convenciéndose a sí misma de que aquella había sido la primera oportunidad que había tenido para enfrentarse al mundo burgués en el que vivía y lo había hecho por iniciativa propia o, al menos, eso quiso creer. El horror ante la traición que había cometido duró algunos días, pero luego su vanidad se encargó de transformarlo en algo distinto, en lo que podía pensar incluso con orgullo. Sin embargo, pasados los primeros momentos, todas estas emociones acabaron perdiendo su poder de seducción. Incluso en estas circunstancias, su instinto la prevenía contra esta persona y, sobre todo, contra lo que ella percibía como frescura y originalidad, que tanto la había atraído. Su extravagante forma de vestir, su carácter bohemio, los altibajos en su situación económica, que fluctuaba eternamente entre el derroche y la miseria, repugnaban a su sensibilidad burguesa. Como la mayoría de las mujeres, amaba al artista siempre que estuviera envuelto en un halo de romanticismo, guardase las distancias y respetase los límites de la corrección: era como un animal salvaje que resultaba deslumbrante cuando estaba encerrado detrás de los barrotes de las buenas costumbres. La pasión que la embriagaba mientras lo escuchaba tocar al piano, le resultaba inquietante cuando se entregaban al amor. No le gustaban aquellos abrazos bruscos, aquellos violentos arrebatos, que mostraban una deliberada falta de consideración hacia su persona. No podía evitar compararlos con las caricias de su marido, todavía tímido y profundamente respetuoso después de tantos años de matrimonio. Sin embargo, ahora que se había consumado la infidelidad, volvía una y otra vez a los brazos de su amante, sin sentirse dichosa ni decepcionada, casi como un deber con el que debía cumplir obligada por la fuerza de la costumbre. Era de esa clase de mujeres que podemos considerar coquetas, incluso frívolas, aunque con un carácter burgués tan marcado que necesitan atenerse a un orden incluso en el adulterio y, si se entregan al libertinaje, deben darle antes un aspecto doméstico, por decirlo de al-

gún modo; hasta el sentimiento más inconfesable debe disfrazarse pacientemente con la máscara de la cotidianidad. Al cabo de unas pocas semanas, este joven, su amante, tenía un lugar en su vida, donde encajaba limpiamente; le dedicaba, igual que a sus suegros, un día a la semana; de alguna manera se las había arreglado para que esta nueva relación no alterase en modo alguno el antiguo orden, no había tenido que renunciar a nada, simplemente había añadido a su vida un elemento más. Tener un amante no supuso, de entrada, ningún cambio en el mecanismo que regulaba su existencia, al contrario, vino a ampliar aún más su felicidad, como un tercer hijo o un coche, por lo que pronto su aventura le pareció tan banal como cualquier otro placer socialmente permitido.

Ahora que había tenido que pagar por primera vez un precio por sus devaneos, ahora que había sentido el peligro, empezó a calcular su valor con más cuidado. Mimada por el destino, rodeada del amor de su familia, sin nada que perder y nada que ganar gracias a su buena estrella, aquel primer contratiempo le pareció más de lo que se podía tolerar. Desde luego no estaba dispuesta a renunciar a un ápice de su paz interior y, si era necesario, sacrificaría a su amante sin pensárselo dos veces para no poner en peligro su bienestar.

La nerviosa respuesta de su amante, inspirada por el pánico, se la trajo un mensajero al medio día; la carta, donde imploraba compungido, se lamentaba, la acusaba, hizo que Irene se replantease una sentencia, poner fin a su aventura, que creía firme. Tanta solicitud halagaba su vanidad y la desesperación que mostraba el joven inflamó sus sentimientos hasta el éxtasis. Su amante le rogaba con la mayor insistencia que accediese a un encuentro fugaz para poder aclarar, por lo menos, si había tenido alguna culpa o si por alguna razón la había herido sin saberlo. La atrajo la idea de seguir jugando con él, fingiendo enojo y rechazándolo sin motivo alguno para reafirmarse más aún. La emoción la